

Las tardes de un migrante

Aquella tarde siguió resonando durante muchas noches. No fue el ruido de los motores del avión, sino el sonido seco de la maleta cerrándose en mi cuarto de Caracas. Ese "clic" final me quedó grabado en el pecho como si fuera un punto y aparte que nadie me pidió escribir.

A veces, aquí en Segovia, camino por la calle José Zorrilla y el frío me muerde la cara, pero en mi cabeza sigo allá, despidiéndome de mi vieja en el aeropuerto. Su abrazo olía a café y a ese miedo contenido que solo tienen las madres cuando saben que el océano se va a interponer entre los domingos. Me dijo "cuídate, mi amor", y esa frase todavía me da vueltas en la cama cuando el silencio del piso compartido se vuelve demasiado pesado.

Es raro, porque, aunque ya ocupo mis días estudiando, esa tarde de despedida no se apaga. Es un eco que me recuerda que una parte de mí se quedó sentada en aquel sofá de cuero gastado, esperando que alguien diga que todo fue un simulacro y que la cena ya está lista.